Ofelia

Para Tenopala "Elvis"

Ella llamó a su flor Ofelia. Era la manera en que nombraba absolutamente todas las flores, macetas y plantas que tenía o que veía cuando caminaba por la calle. La recuerdo bien, era una chica con ojos saltones, grandes y una sonrisa marina, una muchacha salada. Me decía que todas las gardenias, girasoles y rosas se llamaban Ofelia, todas las Ofelia en un ramo. Y contaba: Ofelia uno, Ofelia dos, Ofelia tres. Los pétalos cambiaban, la especie y la figura se trasformaba tanto como ella deseaba que sucediera. Ella tenía la capacidad de crear flores con las manos, moldeaba y modelaba cuando las yemas de sus dedos acariciaban el aire y mi cabello.

Supongo que ella padecía del mismo desajuste que yo, se preocupaba demasiado y yo intentaba calmarla. Siempre tuve la costumbre de auscultar sus latidos. Me dejaba caer en su pecho; escuchar el bombeo de su corazón se sentía como si mi oído usara un caleidoscopio, uno que no puede verse, pero que se percibe a pesar de no tener voz para darse a existir.

Una señorita se debe de dar a respetar, decía su padre. Me hubiera gustado haber estado yo junto a ella acariciando su mano oculta detrás de su espalda cuando le tocó recibir ese sermón. Mejilla derecha, golpe, mejilla izquierda, golpe. Y cuando vi sus delicados cachetes que quedaron como tomates y sus lágrimas que seguían rodando por su piel, yo la besé e intenté compadecerla, tranquilizarla. Contradecir el falo, detentar el poder por sobre el ya detentado, el ya impuesto, el nefasto y desentendido. El sordo que es sordo por creer que no necesita escuchar. Y el ciego que se hace ciego por negar lo que está viendo; cuando no le gusta, es más, cuando *le da miedo.* Esa sucia e inmunda patología humana que se encarna en las mentes antiquísimas, pecan de sabiduría. Arcaicos estúpidos. Tu piel ya fue profanada, tu valor como mujer acaba de irse a la basura ¿Lo entiendes?, no quiero una puta en esta casa, manchaste mi honor y el de toda la familia, lo sabrán tus primos, tus tíos y tus abuelas, *mejilla derecha,* ¿piensas que vale la pena? *Mejilla izquierda,* soy tu padre y tengo que enseñarte a darte a respetar. *Lágrimas rodando*. Dile que, si vuelvo a verlo por aquí, lo mato. *Lágrimas besando.*

Ella llamaba a las flores Ofelia porque así nombró a la primera. Allá afuera, en su jardín, cuando salió con una venda en los ojos y dejó caer sus brazos como si sus manos pesaran muchísimo. El toque del viento y su caminar lento y sin dirección lograron que, por un breve momento, sus dedos rosaran los pétalos de un lirio azul. Arrancó el flor, y decidió, cual principito, que ese lirio sería el único para ella, cuidarte y resguardarte de este mundo tan hostil… tan agresivo. Mi lirio azul, Ofelia, voy a cuidarte, Ofelia, y te prometo que jamás nadie podrá lastimarte ni lastimar lo que tú y yo tenemos. Tus pétalos tan azules como el cielo y tus raíces tan profundas como el mar. Prometo tratarte como la más delicada rosa y encontrarte en cada cosa que simpatice o contraste con tu belleza.

Una vez ella y yo caminamos en el bosque durante horas, era un alma dulce, noble como ningún otro ser humano. Cuando veíamos hongos plantados en el suelo ella decía que eran las nubes de la tierra, acariciaba sus píleos y decía que le encantaría llevar sombreros

igual de grandes que ellos. Cazaba bichitos con la mirada y era fan de acercarlos a mi cara para que me molestara, las mariquitas y orugas se acercaban a ella, tomaba dulcemente los caracoles y los acercaba al destino al que ella imaginaba que iban. Esa tarde cargó a uno que nombró Pepe durante todo nuestro recorrido. Debe de ver el cielo, decía, ninguna criatura debe morir sin antes conocer el cielo. Tan dulce, dejó que siguiera su camino en la madera de un mirador cerca de la cascada del monte. Hace muchos años ella ayudó a su abuelo en la construcción de este mirador. Pásame tres clavos, hija, ahora el martillo, hija, ahora la cuña, linda. Muy bien, tienes que ayudar a este viejo muchacho… eres muy amable, hija.

Permanecimos sentados viendo pasar las nubes hasta que el horizonte se tiñó de naranja, y entre las palabras y conversaciones que tuvimos en ese lapso de horas, sucedió nuestro primer beso. Luego, nuestro segundo beso, luego nuestro tercer beso, y así hasta llegar a su casa, la dejé en el arco de la puerta y me esfumé lo más rápido posible hasta la mía para que no me viera su padre.

Me hirvió la sangre escuchar que se acercó. Él se llamaba Fernando, jamás le agradó a nadie de su familia. Todo el mundo en el pueblo sabía que estaba metido en cosas peligrosas, drogas, distribución de armas, asaltos, robos de tiendas y nadie quería hacer nada, *tenían miedo* y por lo mismo, todo el mundo se sentía indispuesto. Fernando fue quien se acercó a ella mientras dibujaba los tulipanes de la jardinera que está alrededor del quiosco, ¿Cómo te llamas, bonita?, espetó como primer contacto y la obligó a permanecer el resto del día junto a él. La tomaba del brazo, hacerlo era como arrancarle los pétalos a un girasol. Cada vez que pedía que la soltara él la acercaba a su cuerpo, torcía sus muñecas. No seas así… un poco más, bonita; sabes que quieres, decía.

Vociferaba en cada local de la plaza, en la panadería, la heladería, la tienda de abarrotes, que ella se convertiría en su esposa. La esposa de Fernando Ledesma, decía. La presumía como una chamarra nueva y cuando la llevó con los demás maleantes del pueblo para "consagrarse" como la nueva novia, recibió piropos y halagos cuanto menos despreciables, masticaron su nombre, el nombre de cada parte de su cuerpo masticado y escupido como gargajos, aplaudían y él fingía bailar como idiota, le daba vueltas y la única razón por la que ninguno de los demás pendejos la tocó fue porque Fernando era tan celoso que era capaz de sacar su pistola y disparar. Por eso nadie se atrevía a pasar de esa línea.

El grupo de simios le ofreció alcohol, mariguana, coca, toda la porquería que guardaban en sus bolsillos, pero Fernando tenía otro plan. No fue hasta dos días después que ella llegó a su casa. Su familia estaba furiosa… pero su padre. Fernando la llevó en su auto hasta el cuarto donde él vivía, la primera noche procuró ser tranquilo con ella, dijo que verían alguna película y que ella se quedaría a dormir en lo que planeaba la organización de la boda. Ella no durmió esa noche y él empezó a tomar una cerveza tras otra, una tras otra; prendió un churro y el cenicero negro que tenía se cayó al suelo. Recógelo, decía, así no, no… alza más la cadera, no podrás alcanzarlo así, arrodíllate que se fue muy abajo. No supo cuánto tiempo pasó, pero la tercera vez que se negó a beber de la misma botella que él, tuvo que hacerlo a punta de golpes.

Durante doce horas, la drogó lo suficiente como para que no pudiera mover la boca y decir que no. Quemaba la punta de los cigarros en sus blancas piernas, la mordió, la consumió hasta que pensó que la había matado, y no fue hasta ese momento cuando decidió dejarla tirada en el mismo quiosco de la plaza a las 2 de la mañana encima de la jardinera. Cuando despertó seguía estando oscuro. Llegó a su casa arrastrando el talón que le dislocó y su overol desgarrado de la cintura, colgando de los tirantes. Al tocar la puerta, la primera en salir fue su abuela y el segundo, su padre.

"Eres mi lirio azul, tu cuerpo está repleto de belleza y de un brío irrefutable, te dedico todos mis libros, te declamo todas mis cartas y lo siento, cariño, siento tener que ausentarme un par de días por lo sucedido… lo sigo procesando. Sabes cómo es mi padre y si se entera de esto todo sería imposible. Pero… algún día, tú y yo estaremos como siempre debimos de estar, dos almas, una alado de la otra, bailando y cantando en un lugar lejos de aquí, lejos de este mundo irrisorio. Viviremos en la gran ciudad, en algún departamento donde tú podrás escribir al fin, yo te llevaré el desayuno a la cama y nos besaremos hasta que nos escape la tarde, la mañana y todo el fin de semana. Iremos a esos grandes cines, tomaremos fotos en cada museo y así el mundo sabrá de tu belleza, de tu beldad.

Espero ansiosa el día en que me digas esas dos palabras mágicas :]

- N"

Esa fue la única carta que recibí después de enterarme de lo que pasó con Fernando. Días después, cuando ella logró encontrar valor para salir a la calle de nuevo, la acompañaba a todos los lugares que podía, si bien yo nunca he sido una persona demasiado fuerte ni musculosa tenía lo necesario para buscarla, ella decía que yo fungía como su capa de invisibilidad. Cuando lo vio en la calle de nuevo, yo estaba con ella. Intentó acercarse, decidimos meternos a la tienda de abarrotes del señor Ramiro a pedirle el favor de resguardarnos un momento con él. Cuando entró al local ella ni siquiera dejó que hablara. Le dijo que lo odiaba, que odiaba lo que él había hecho y que su padre lo iba a matar si se enteraba de que se volvía a acercar a ella. Yo comencé a insultarlo como el pendejo que era, le dije que más valía que buscara otro lugar donde vivir porque de lo contrario le mandaríamos a la policía, que su padre ya sabía donde vivía él y que le convenía mantenerse lejos.

Nos regresó los insultos, las palabras con odio y se río de mí, me preguntó qué podía hacerle alguien tan débil, tan frágil… y prometió que esa no sería la última vez que lo veríamos por más que su padre lo amenazara.

Hubo tranquilidad el resto de la semana. Pudimos salir de nuevo al mirador y contemplamos varios días el pasar del tiempo. Ella y yo hablábamos de magia, de largarnos de ese maldito pueblo e ir a la ciudad, ir al mar, a donde sea. Crear nuestro propio mundo, un mundo donde plantemos nuestras plantas, criemos a nuestros bichitos y tengamos mucho

cielo para mirar y compartir. Una casa de amor. Una casa de pasión, un lugar que exista solo para que existamos sola y únicamente ella y yo.

Sabes que yo no creo en cosas del otro mundo, pero eso es una contradicción, porque tú eres de otro mundo, tú y yo… Leí alguna vez un libro… cuando a mi abuelo le quedaban pocos días de vida, la enfermera encargada de cuidarlo me dejó leer algunas páginas de medicina alternativa… algo así, ¡no te rías! Yo sé que es muy tonto… pero mencionaba algo de los latidos del corazón, como los latidos del cuerpo en general… las vibraciones. Se supone que tu cuerpo produce vibraciones… como si tu alma fuera un constante meneo dentro del universo… del sonido. Y cuando tus vibraciones están en la misma resonancia que de otra persona los cuerpos expresan sincronías muy peculiares. Sincronías como… como los latidos del corazón, latiendo al mismo tiempo, parpadear al mismo tiempo, respirar… pero lo que me llamó más la atención fue que… ¡Te dije que no te rieras de mí! Me sonrojas… El orden de los pasos también logra sincronizarse, es decir que ambas personas tocan el piso al mismo tiempo con el pie izquierdo y luego el derecho. *Pie izquierdo, pie derecho… pie izquierdo, pie derecho*. ¿Escuchas eso? Me dijo. Y cuando volteé a ver el suelo de camino a su hogar… nuestros pies iban al mismo ritmo, en sintonía perfecta.

Es lo que más extraño de ella, toda su sinfonía mágica, que a pesar de las cicatrices alrededor de su cuerpo, de los cortes, las mordidas. Ella seguía siendo la misma niña con ojos saltones, grandes con su sonrisa marina, seguía siendo ella quien se sentía fascinada por todo tipo de flores, las flores que dibujaba, sus caricias tibias, la chica que quería pedir prestados los sombreros de los hongos, la mujer cuya única adoración y vicio era ver el cielo. Era el único ser humano que me entendía, el único ser humano noble que quedaba en esta vida. La única chica, la única mujer que lograba entender mi condición humana, mi cariño… Recuerdo ese lirio azul que cortó por primera vez, esa primera flor que llamó Ofelia, extraño su voz emocionada que decía que todas las gardenias, girasoles y rosas se llamaban Ofelia, todas las Ofelia que le di en un ramo. Que le di con besos. Extraño su voz diciéndome lirio azul, que yo era su lirio azul. Extraño su boca, sus manos, su cabello. Dios santo… cuánto extraño tu cabello, ese bosque que albergaba tantas ideas, tantos sonetos que se me perdieron, que mis dedos se hundieran en su cabello, que sus dedos se hundieran en el mío, que entre besos desesperados se entrevieran nuestros ojos, nuestras uñas. Extraño su dulce aliento, su roce por mi espalda, mi desesperanzado grito de ella, mi necesidad de que me hiciera suya… que me hiciera sentir mujer, mujer como lo era ella, perfecta no, excelente. Mujer divina que hacía con su boca cuando materializaba las palabras, los objetos que tomaban vida y espacio y existencia en el momento que los nombraba. Extraño su voz pronunciando lirio azul, porque cariño… yo no existía hasta que tus ojos me miraron, mis sentidos no tenían propósito hasta sentirte cerca, y yo nunca tuve nombre hasta que lo pronunciaste por primera vez… cuando me llamabas lirio azul, Ofelia, acércate Ofelia, mi lirio azul, mi Ofelia, decías.

Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante, dijo el principito. A pesar de que intenté advertirle a su padre sobre lo que nos dijo Fernando esa última vez… no quiso hacer caso; mantenía esa tonta idea de que era la ropa. De que era el caminar. De que era el ir sola tan tarde. De que era culpa de ella si algo sucedía… hasta que sucedió. Le tomó 15 minutos.

Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante, dijo el padre. Ella era la última alma noble que quedaba en esta tierra, en este universo. Y se esfumó. Teníamos planes, un cine pendiente por visitar, un cielo pendiente que mirar juntas, una vida por la cual valiera la pena vivir… juntas. Hubiese preferido ser yo, cariño. Te necesito, necesito que seas tú quien bese mis lagrimas y siga auscultando mis latidos. Me arrebataron de ti, te arrebataron de mí y me arrebataron mi nombre… No me siento nadie sin ti. Me quitaron mi mundo, mi voz y mi esperanza. Vivirás en mí; en la palabra "cariño", "Cielo". Me enseñaste a vivir *sin miedo.* A vivir con esa palabra mágica… te amo.

Fue el tiempo que pasé con mi lirio lo que lo hizo tan importante, dijo Nadia.